

La artesanía rural y sus razones

Francisco Luque-Romero Albornoz
José Cobos Ruiz de Adana
Antropólogos

El concepto de artesanía es complejo y polisémico, y se aplica indistintamente a múltiples productos, así como a una gran variedad de procesos de fabricación que no han sido afectados por la mecanización. Sin duda, la característica comúnmente admitida como básica y diferenciadora en la producción artesana es su manualidad. El sello de “hecho a mano” es, pues, la garantía comercial del valor artesanal de un objeto.

Hasta la revolución industrial los oficios artesanos fueron los encargados de surtir a la sociedad de todos los productos necesarios para su supervivencia. Hoy en día ya no son necesarios, aunque nos encontramos con que los medios de comunicación, la publicidad, o bien los nuevos mercados, apuestan por lo artesanal como un valor en alza. Así, es fácil encontrar en las heladerías, panaderías, herrerías, etcétera, el concepto de artesano con el fin de marcar y establecer diferencias entre sus productos y aquellos otros fabricados industrialmente o en serie. Por tanto, estamos en unos momentos de revalorización de lo ‘artesano’.

Parece obvio que en algunos casos lo artesano es tan sólo un cebo comercial, sin duda propiciado por la moda; en otros se asocia con *hobbies* y puro esnobismo y, en no pocas ocasiones, representa la reacción a la propia sensación de insuficiencia e insatisfacción que la evolución industrial y las nuevas tecnologías producen en la sociedad. Es evidente, pues, que existe añoranza de artesanía, puesto que ésta representa en nuestra sociedad el equilibrio entre un desarrollo tecnológico desorbitado, que muchos de nosotros no alcanzamos ni tan siquiera a comprender, y una deseada y

La artesanía hace tiempo que perdió su lugar en el mundo rural, devorada por los productos industriales provenientes de las ciudades. Pero con una nueva función estética, lejos de los fines utilitarios del pasado, cuenta hoy con una oportunidad de recuperar terreno. En este artículo se ofrece un análisis de lo que ha representado y puede representar esta forma de producción en el futuro.

utópica calidad de vida. Se busca en los objetos artesanos una exclusividad personalizadora frente a la uniformidad y masificación moderna, así como una vuelta a un modelo de sociedad cuyo sistema de producción haga al hombre más dueño de todo lo que le rodea.

A lo largo de la pasada centuria surgieron movimientos cíclicos de recuperación y valoración de formas de vida más naturales, reivindicándose con ello una vuelta al campo, el retorno a los trabajos manuales y, también, a un mayor equilibrio ecológico. Con anterioridad, en el siglo XIX, los artesanos y su trabajo manual pasaron, no pocas veces, a convertirse en objeto de preocupaciones románticas. De ahí que los primeros folcloristas, atentos a las producciones del pueblo y sensibilizados ante su posible desaparición, se esforzaran por recoger sus saberes.

Consideramos que habría que acercarse al papel que juegan las artesanías dentro de los mecanismos culturales de nuestra sociedad, así como a la función que desempeñan económicamente y tratar de averiguar lo que les depara el futuro. En este sentido nos encontramos con que la sociedad, con el paso de los años, ha ido diferenciando dos conceptos que nos pueden parecer, a primera vista, similares. Por un lado, se pueden distinguir los oficios artesanos y las artesanías rurales, que son los mantenedores de técnicas y productos tradicionales, restos de necesidades rurales que tienden a desaparecer; y, por otro, el concepto amplio de artesanías, que englobaría todas aquellas piezas de elaboración manual que están destinadas, casi exclusi-

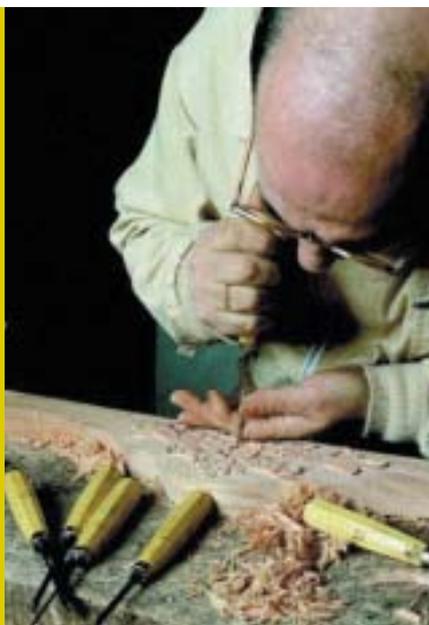
vamente, a la decoración y al goce puramente estético. Se las conoce, igualmente, como artes populares.

Desde antiguo, las comunidades rurales se rodearon de una serie de objetos utilitarios que cubrían sus necesidades cotidianas. Estos objetos se realizaban con las materias naturales que el propio medio geográfico les brindaba y que, a pesar de su carácter marcadamente funcional, no dejaban de representar el gusto personal de su realizador. Para éste no primaban los aspectos estéticos, sino tan sólo el dar con el resultado más eficaz y barato.

En la artesanía rural, la racionalización de las formas y su adecuación a la función que deben realizar es lo que hace útil y bello el resultado. Pero, puesto que no se aprecia lo construido más allá de su funcionalidad práctica, el artífice queda en el anonimato o, como máximo, se le reconoce en la comarca por su habilidad. Su destreza es la que le ha encaminado a especializarse. Este artesano, que evoluciona y se adapta a las nuevas necesidades demandadas y a los recursos del medio en el que se desarrolla, va modificando con el tiempo no sólo la forma de producir, sino también los medios de distribución, así como las relaciones sociales inherentes a su actividad. Cuando las formas y los objetos artesanales no se adaptan a los cambios culturales, se abandonan para pasar entonces a ser objetos de estudio de etnólogos e historiadores.

Por otra parte, el modo de producción industrial no ha avanzado en todos los lugares al mismo ritmo, por lo que las áreas y comarcas con mayor retraso industrial, ca-

t
 an sólo aquellas
 artesanías que encuentren
 el equilibrio entre las formas
 tradicionales de producción
 y aprendizaje, y
 los modernos sistemas
 productivos –comercialización
 y diseño– podrán
 mantenerse y pervivir

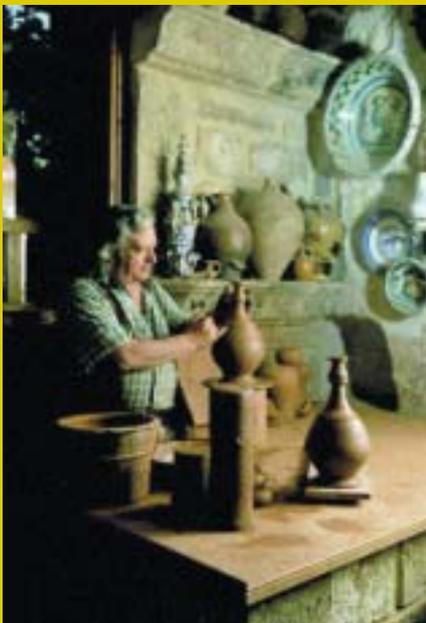


so de Andalucía, han tenido mayores facilidades para prolongar la existencia de sus productos artesanos. Tendríamos que apuntar que, con el paso de los años, los núcleos rurales de Andalucía se transformaron en agrocidades en las que, aun sin perder su carácter preindustrial, se fue consolidando el asentamiento de artesanos entre sus pobladores. Parece obvio que la agrocidad necesita cubrir unas necesidades cotidianas y, por ello cuenta con un artesanado orientado a la elaboración de bienes de consumo y de objetos utilitarios.

Habría que indicar que entre el artesanado urbano y el rural existen diferencias notables. El artesanado urbano es especialista, es decir, se dedica exclusivamente a su oficio y vive de las ganancias que le reporta su trabajo. El taller es el lugar de for-

mación-producción y, constituye, junto con la vivienda, una misma unidad. Por contraposición al artesano rural, el urbano no se autoabastece y tiende, casi siempre, a guardar una cantidad de productos en reserva para los futuros posibles compradores. Entre estos últimos y los artesanos existe habitualmente una diferenciación de clase social. Sus clientes proceden de las clases medias-altas, altas e incluso de la misma Iglesia. Sus producciones se elaboran con materias primas caras y tienen un proceso de creación complejo y refinado. Son productos de alto costo y con un carácter suntuario que destaca por encima de lo meramente funcional.

El artesano de la ciudad está, por regla general, más abierto a las novedades creativas, a los nuevos diseños y, también, a



Conviene advertir que el encarecimiento sufrido por los productos artesanos, cuando hubieron de adaptarse a nuevos fines como el comercio turístico, o bien el objeto de lujo, es relativamente reciente en los medios campesinos de Andalucía

los avances tecnológicos. Así, por ejemplo, un orfebre trabajará con arreglo al estilo predominante en su época, pero un aladrero o un espartero lo harán, por regla general, como lo vieron hacer a sus antepasados o, lo que es lo mismo, sin modificar técnicas y formas. Con la introducción de las nuevas tecnologías a lo largo de los años, el artesano rural tendió a desaparecer, mientras que el urbano, obligado a cambiar al ritmo de la modernización, hubo de transformar cada cierto tiempo sus diseños para industrializarse, en las fases intermedias de producción, si quería mantener una competitividad con los restantes miembros de su sector.

Por otro lado, tendríamos que apuntar que cuando la artesanía no se adecua a la demanda, o bien ya no es necesaria, o su producción está descontextualizada y es ajena a la funcionalidad que la originó, tiende a desaparecer. Y cuando desaparece, con ella no sólo se pierde la producción de unos objetos, sino también un vocabulario, unos modos de hacer y unas determinadas formas de vida. Así, cada día vemos cómo desaparece un artesano y, ante ello, no deberíamos caer en el dramatismo ni tampoco en el más puro sentimentalismo.

En la actualidad, los productos artesanales de finalidad utilitaria están en clara desventaja en relación con los artículos industriales que nos encontramos en el mercado y, tal vez por esta razón, aquellos artesanos que se dedicaban a su producción desaparecen. En otras ocasiones, sin embargo, pierden el rumbo y se dedican entonces a la creación de objetos de gusto dudoso, para servir como *souvenir* a turistas. Sin duda, el

ejemplo paradigmático que mejor ilustra lo expuesto es el de la alfarería. En nuestros días la alfarería y la cerámica son objeto de coleccionismo, de exposición en museos y vitrinas de nuestras casas. Sin embargo, hasta no hace mucho tiempo, servían para contener y transportar líquidos, cocinar y algunos otros menesteres, siendo su lugar habitual la cocina y la despensa.

Las actividades artesanales de carácter rural con el paso de los años se fueron extinguiendo, lo mismo que los profesionales que las llevaban a cabo, siendo sustituidas las mismas por productos procedentes del exterior. Es evidente que, en otro tiempo, el campesino andaluz ligaba su propia existencia a la de los diferentes artesanos que desarrollaban su actividad dentro de la comunidad, tales como herreros, alfareros, talabarteros, etcétera, los cuales, al desaparecer, hicieron que se incrementara la dependencia del exterior de forma notable. Con el tiempo, la ciudad y los productos industriales fueron haciendo dependientes a las zonas rurales, conforme iba suministrándoles cuanto necesitaban, perdiendo así sus habitantes no sólo la posibilidad de abastecimiento que durante centurias tuvieron, sino también la potencialidad para transformar los productos rurales o, lo que es lo mismo, su propia capacidad artesanal.

Probablemente, una transformación industrial de los productos propios, sin que salieran por completo de la comunidad, tal vez hubiera sido una solución en las zonas rurales andaluzas para la producción artesanal, sobre todo cuando se produjo la feroz competencia de los productos del exterior.

¿Cómo se explica, entonces, que en estas zonas se claudicara ante la invasión externa de productos, abandonando sus propios medios de producción en beneficio de otros llegados en peores condiciones económicas? Conviene advertir que el encarecimiento sufrido por los productos artesanos, cuando éstos hubieron de adaptarse a nuevos fines como el comercio turístico, o bien el objeto de lujo, es relativamente reciente en los medios campesinos de nuestra región. Porque, cuando no habían perdido aún su función de autoabastecimiento, como bien apunta Limón Delgado, tenían unos precios tan bajos que contradecían todas las leyes económicas modernas, sobre todo en lo referente al costo en horas de trabajo y a la ley de la oferta y la demanda. Antes el precio de los productos reflejaba la estrecha vinculación que existía con la clientela habitual y estaba más relacionado con el material empleado que con las horas invertidas en el trabajo.

No debemos, pues, engañarnos creyendo en un porvenir halagüeño para las artesanías rurales. Debemos, más bien, hacernos a la idea de que muchas de ellas están abocadas irremediabilmente a su desaparición. Tan sólo aquellas que encuentren el equilibrio entre las formas tradicionales de

producción y aprendizaje, y los modernos sistemas productivos –comercialización y diseño– podrán mantenerse y pervivir. Hoy en día son ya muy escasas las necesidades para las que se precisa el puro trabajo artesano, de manera que la mayoría de sus producciones se han orientado, casi en exclusiva, hacia el ámbito ornamental.

Para concluir apuntaremos, una vez más, que la supervivencia de algunas de estas artesanías está en manos no sólo de los propios artesanos sino también de la Administración, que ha tomado conciencia del importante papel socioeconómico que siguen desempeñando como fuente de riqueza y motor de empleo, si se tiene en cuenta la baja inversión requerida para la creación de sus puestos de trabajo. Por otra parte, la promoción de la artesanía es un factor importante para intentar frenar, de alguna forma, el éxodo a las ciudades, fijando así a la población rural en su espacio tradicional. La Administración debería ofrecer asesoramiento, realizar estudios de viabilidad y análisis de mercado, favorecer la formación de cooperativas, buscar nuevos canales de comercialización, de divulgación de la obra artesana, e incorporar sus productos como elementos representativos de Andalucía, aligerando además las cargas impositivas para



la contratación de aprendices, quienes en un futuro pueden decidir la supervivencia del sector. Pero, todo esto, siempre y cuando los propios artesanos no desvirtúen sus saberes, las técnicas y los modelos, puesto que ellos son un componente más del patrimonio que, en nuestro caso, forma también parte de la identidad andaluza y que como tal debería ser valorado, conservado y promovido.

La racionalización de las formas y su adecuación a la función que deben realizar es lo que hace útil y bello el resultado en la artesanía rural

BIBLIOGRAFÍA

- COBOS RUIZ DE ADANA, J. y LUQUE-ROMERO ALBORNOZ, F. (1992-1993): "Artesanías". Los pueblos de Córdoba, vol. 1, 2, 3, 4 y 5. Córdoba. Caja Provincial de Ahorros.
- FERNÁNDEZ DE PAZ, E. (1999): "La documentación y protección de las artesanías como actuaciones sobre el patrimonio etnográfico". Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio. Sevilla. Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, pág. 170-191.
- JUNTA DE ANDALUCÍA (2000): Guía de la artesanía andaluza. Sevilla. Consejería de Economía y Hacienda.
- LAORDEN, C. y otros (1982): La artesanía en la sociedad actual. Barcelona. Salvat.
- LIMÓN DELGADO, A. (1982): La artesanía rural. Reflexión sobre el cambio cultural. Madrid. Editora Nacional.
- LUQUE-ROMERO ALBORNOZ, F., AGUDO TORRICO, J. y COBOS RUIZ DE ADANA, J. (1986): "Cultura material de carácter tradicional en la provincia de Córdoba". Córdoba, vol. IV. Córdoba. Ed. Gever, pág. 138-193.
- LUQUE-ROMERO ALBORNOZ, F. y COBOS RUIZ DE ADANA, J. (2001): "Alfarería". Proyecto Andalucía. Antropología. Transporte, arte y artesanía, t. II. Sevilla. Publicaciones Comunitarias, pág. 192-228.
- LUQUE-ROMERO ALBORNOZ, F. y COBOS RUIZ DE ADANA, J. (2001): "Tonelería". Proyecto Andalucía. Antropología. Transporte, arte y artesanía, t. II. Sevilla. Publicaciones Comunitarias, pág. 272-286.
- MINISTERIO DE INDUSTRIA Y ENERGÍA (1983-1986): Artesanía en España. Madrid.
- MINISTERIO DE INDUSTRIA Y ENERGÍA (1993): Presente y futuro de la artesanía en Europa. Madrid.
- PELAUZY, M. A. y CATALÁ ROCA, F. (1977): Artesanía popular española. Barcelona. Blumer.
- RODRÍGUEZ IGLESIAS, F. (Dr.) (2001): Proyecto Andalucía. Antropología (S. Rodríguez Becerra, coord.). Transporte, arte y artesanía. Sevilla. Publicaciones Comunitarias.